

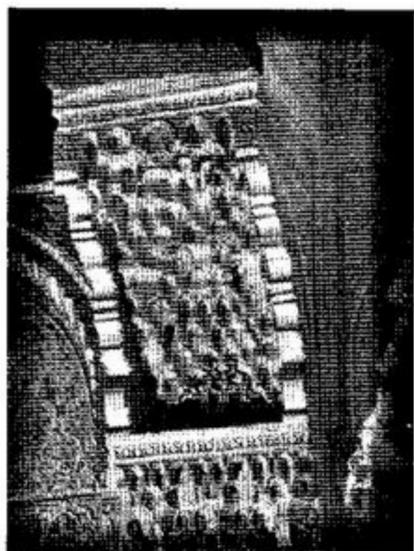
UN DEBATE HISTÓRICO SOBRE LA RESTAURACIÓN DE LA ALHAMBRA

Juan Manuel Barrios Rozúa

doctor en Hª del Arte | profesor en la ETS de Arquitectura de Granada

Las restauraciones del siglo XIX en la Alhambra son hoy valoradas, de manera unánime, como inadecuadas por su tendencia a sustituir elementos deteriorados por otros nuevos y porque los conservadores añadían volúmenes y ornamentos inventados. Sin embargo, aquellas intervenciones se suelen considerar inevitables con el argumento de que la teoría de la restauración estaba entonces en pañales y los artífices actuaban como personas de su tiempo. Esta constituye una pobre justificación cuando comprobamos que sí había personas con una sensibilidad, unos criterios y una prudencia que les capacitaban para actuar de una manera mucho más respetuosa. Voy a poner como ejemplo una polémica ya conocida, pero sobre la que aportaré dos testimonios inéditos de singular valor.

Tras años de abandono y grave deterioro después de la Guerra de la Independencia, se inició en 1827 de la mano del gobernador Francisco de Sales Serna el proceso de saneamiento y consolidación de la Alhambra. Sin embargo, este gobernador fue cesado en 1835 y tras un breve paréntesis, le sustituyó Juan Parejo, un gobernador que apostaría por las restauraciones ornamentales antes que por la estabilidad de los edificios. Tras un real decreto, a partir de 1841 daría comienzo una labor sistemática y bien costeada de restauración. Para estos trabajos fue elegido José Contreras Osorio, un arquitecto cuya formación técnica y teórica era muy limitada.



José Contreras formó un equipo de colaboradores decididamente endogámico, pues formaban parte de él su hermano menor y tres hijos, entre ellos Rafael Contreras Muñoz, que se había formado en la escuela de dibujo. Con estos y otros artífices emprendió una campaña de obras que duró tres años. En sus trabajos priorizó desde un primer momento la restauración de adornos frente a las tareas de consolidación. Pero lo más grave fue que cuando se encontró ante problemas de estabilidad, su impericia técnica y su desprecio hacia la pátina le llevaron a apostar por la demolición y posterior reconstrucción.

De sus intervenciones destacan la que hizo en el patio de Comares, donde rehace buena parte del pórtico sur y de las crujías que flanquean el estanque, haciendo de nuevo muchos de los ornamentos de yeso y de las carpinterías, a las que incluso embadurna con

toscas colores en un primer intento de reponer la policromía. En su desbocada imaginación llegó incluso a proponer que el cuerpo superior de la crujía oriental fuera reemplazado por una galería de arcos acorde con los pórticos, idea que abandona por falta de presupuesto. Semejante proyecto demuestra la absoluta incompreensión hacia el arte nazarí de una persona formada en el academicismo clasicista, incapaz de apreciar la asimetría y el contraste entre unas zonas densamente ornamentadas y otras austeras.

En el patio de los Leones y sus dependencias anexas también hace varias incursiones ornamentales, destacando la supresión en la Sala de los Abencerrajes de adornos colocados en el siglo XVI para hacer otros árabes que juzga imitaciones perfectas, pero que demostrarían poca consistencia. Además raspa las columnas de mármol del patio para devolverles el color blanco.



Más contundente fue la intervención en la deteriorada Sala de las Camas. La sala fue por completo desmantelada, destruidos sus ornamentos salvo algunos fragmentos que servirían para hacer nuevos moldes de yeso o carpinterías, y reconstruida con celeridad para techarla y evitar que las lluvias pudieran arruinar "la obra nueva". Pero en agosto de 1843 el real patrimonio dejó de enviar dinero y la obra quedó inacabada, "falta de sus correspondientes adornos, solerías y techos".

Estas intervenciones generaron una virulenta polémica que alcanzó su cenit en el verano de 1842. La Academia de Nobles Artes de Granada se enfrentó con el arquitecto y con el gobernador de la Alhambra, protestando sobre todo por la limpieza de las columnas. Pero lo más interesante es que la polémica trascendió los límites locales dando lugar a un pionero debate sobre restauración.

A mediados de junio el diario madrileño *El Espectador* publicó un artículo de Gaspar Sensi. Este artista italiano radicado en la capital del reino volvió consternado de un viaje por Andalucía al observar las restauraciones acometidas en el Alcázar de Sevilla y en la Alhambra. Le indigna en particular "que se rasguen las columnas y demás trozos arquitectónicos de la Alhambra, quitándoles precisamente lo que tienen de mas venerable, de mas solemne, y lo que forma parte de su mérito que es el sello que ha impreso el tiempo con su mano poderosa". Gaspar Sensi critica en su artículo no sólo la eliminación de la pátina, sino también la destrucción de lo antiguo para rehacerlo nuevo, planteando como alternativa el respeto de la huella poética del tiempo y la limitación de las

intervenciones a lo imprescindible, adelantándose a los escritos en el mismo sentido del inglés John Ruskin. Y además, con moderno sentido de lo que supone el patrimonio histórico, reclama que unos bienes tan valiosos que pertenecen a “la nación” no pueden quedar al arbitrio de particulares, sean arquitectos o gobernantes.

El real patrimonio preocupado por estas noticias solicitó un informe al famoso pintor José Madrazo, director del Museo del Prado. El pintor admite que no conoce la Alhambra más que por grabados, de manera que sus consideraciones debemos verlas como la exposición de unos principios teóricos. Añade además que los problemas que plantea el arte musulmán frente al gótico y el grecorromano son de distinta naturaleza, sobre todo en lo que se refiere a las yeserías. Si es absolutamente preciso derribar algo, debe reconstruirse dándole una pátina artificial que equipare lo nuevo a lo antiguo, y no a la inversa. Por ello, respecto al raspado de las columnas se inclina a pensar que es innecesario “porque la pátina que imprime el tiempo en los monumentos artísticos, lejos de ser un defecto, les da un aspecto venerado que presenta a la imaginación muchos recuerdos y mucha poesía”. Para reafirmar su argumento señala que en “Italia y particularmente en Roma, llega a tal punto la veneración por la pátina del tiempo en sus monumentos, que considerarían los Romanos como una profanación sacrílega la sola indicación de rascar los monumentos para volver a la vista su propio color, estando además persuadidos de que esa misma pátina contribuye a su mayor conservación”.

Así pues, las nefastas intervenciones restauradoras de José Contreras no fueron una fatalidad de su tiempo. A mediados de aquel siglo había personas con una mayor sensibilidad para intervenir sobre el legado histórico-artístico, pero se eligió a un arquitecto soberbio e imprudente que, para colmo, iba a instalar una dinastía en la Alhambra al abrir las puertas a su hijo Rafael Contreras.

